

los extranjeros, temblaron del castigo que les esperaba. (3)

A la mañana del día siguiente, ya no creyó Cortés tener objeto en Xochimilco y dispuso sus tropas para la marcha, poniendo fuego á la bella ciudad al tiempo de salir: muchos templos y casas tenia aquella estensa poblacion, pero el fuego deverador comunicándose de unas á otras, abrazó á todos los edificios en sus llamas, que con un resplandor lúgubre se reflejaban en las aguas, marcando el triste destino de aquellos pueblos. [4] Hecha esta ejecucion marchó el ejército que en ese mismo día llegó á la ciudad de Coyoacan, cuyos habitantes se habian salido abandonando sus hogares: allí se detuvieron dos días para que la tropa se repusiera de tantas fatigas y reconocer bien el terreno, tomando al tercero el camino de Tlacopan á donde habia tenido término la expedicion anterior. En ese día los ejércitos indios fueron hostilizando á los españoles en su marcha: el general recurrió á la estratagema de ponerles una emboscada, como lo habia hecho pocos días antes en el camino de Tlacopan; pero en esta vez superó la astucia indigena á la del general, pues ellos con una falsa fuga lo atrajeron tambien á otra red, donde fué envuelta la caballería española, salvándose con gran dificultad y no sin una lamentable pérdida, pues dos asistentes del general fueron hechos prisioneros y como todos los de su clase, fueron á exhalar el último suspiro en la piedra del sacrificio. Esta desagradable ocurrencia causó fuerte impresion en el férreo espíritu del conquistador, pues al entrar en Tlacopan y reconocer las posiciones enemigas desde la altura de un *teocalli* en compañía de sus capitanes, no pudo

(3) Bernal Diaz cap. 145. Terc. cart. de Cortés pag. 227.—

[4] Cortés terc. cart. pag 228

reprimir el dolor que oprimia á su alma, y se dejó percibir de todos, en un profundo suspiro que exhaló el pecho de su caudillo.

Al llegar á Tlacopan, habia recorrido Cortés toda la circunferencia de los lagos: y estaba impuesto de todo el terreno para emprender el asedio contra la gran Tenoxtitlan, que él llamaba la ciudad rebelde, porque irritado su pueblo por la insultante ignominia á que se redujo á su rey, por el bárbaro asesinato de su nobleza y del menoscabo de su dignidad y sus derechos, se alzó como un solo hombre para arrojar de su seno á los extranjeros que así osaron vilipendiarlos, en pago de la generosa hospitalidad con que los abrigaron en sus palacios y la generosidad con que se les abrieron las puertas de sus tesoros.

CAPITULO XXVI.

Preparativos para el asedio de la capital.

Al llegar Cortés á Tezcoco salieron á recibirlo Sandoval y sus compañeros, juntos con el rey y algunas personas de la nobleza, dándole al general la plausible noticia de estar concluidos los bergantines y el canal para conducirlos al lago, lo cual le causó notable satisfaccion, pues con esto creia dar complemento á su notable empresa; pero aun tenia que vencer graves riesgos, siendo el mayor el que se le preparaba por sus mismos paisanos, con el gérmen de descontento que habian sembrado los soldados de Narvaez.

Durante la escursion del ejército por las ciudades de Quauhnahuac, Xochimilco y las demas que hermozeaban las orillas de los lagos, aquellos desafectos que ha-

bían quedado en Tezcoco, amedrentados con los continuos peligros que se les presentaban y disgustada su ambición con no recibir mas premio por sus fatigas, que una vana aureola de gloria: proyectaron dar muerte al general á su regreso, lo mismo que á sus principales capitanes, Sandoval, Alvarado, Tapia, Olid, y algunas otras personas de las mas adictas al capitán general. Contaban con el resentimiento del gobernador de Cuba hácia Cortés, para que aprobara su conducta, queriendo obligarlo mas con hacer el nombramiento de capitán, en un cuñado del mismo Velazquez.

Todo se habia ya conuinado, cuando uno de los comprometidos en la conjuración, arrepentido de semejante crimen; un día antes avisó á su general del peligro que lo amenazaba; y este, aunque supo los nombres de todos los criminales, se conformó con aplicar el castigo ejemplar solo al gefe de la combinación, que era un soldado Antonio Villafana, á quien se instruyó el proceso y resultando probada su criminalidad se mandó ahorcar en una de las ventanas del cuartel. Desde esta ocasión se formó el general una guardia de los soldados mas fieles, al mando de Antonio Quiñones quien era de los mas afectos á su persona: y la desconfianza que le inspiraban sus mismos compañeros, lo hicieron devorar en silencio, una amargura mayor que la inquietud en que lo tenia constantemente la fiereza del indómita azteca. [1]

Conjurada esta tentativa, se ocupó el general de dictar las providencias necesarias para atacar á México. El 28 de Abril se dijo una misa solemne para implorar el celestial auxilio, en la cual todos los españoles recibieron la sagrada eucaristía: despues un sacerdote bendijo los bergantines con las ceremonias que la iglesia acostumbra; y hecha la señal convenida con un cañona-

(1) Bernal Diaz cap. 146. Her. dec. 3.ª lib. 1.º cap. 1.º

zo, se soltaron las presas que de trecho en trecho se habian construido en el canal, y las embarcaciones bajaron, surcando las aguas de la laguna. [2] Los indios estaban admirados de aquella obra, que de tal manera enterneció tambien el corazón de los conquistadores, que llenos de regocijo, entonaron el himno solemne de alabanza á la Divinidad, *Te Deum Laudamus*: á esta demostración de justo reconocimiento al Señor que con su adorable Providencia gobierna todos los acontecimientos, correspondia la improvisada escuadra, haciendo oír el estallido de sus cañones, que fué contestado con los de tierra, y la aclamación de aquella alborosada multitud, que presenciaba un acto tan solemne y del todo desconocido en aquellas tierras.

Despues se pasó revista del ejército en la gran plaza de Tezcoco, y se contaron ochocientos diez y ocho infantes, ochenta y siete ginetes, teniendo diez y ocho cañones, mil libras de pólvora, gran cantidad de balas, cincuenta mil saetas con puntas de bronce y algunas otras municiones de guerra. De esta fuerza se destinaron trescientos hombres para la tripulación de los buques; y cada uno se puso á las órdenes de un oficial y sujetos á una ordenanza que se formó para su gobierno. [3]

Luego se mandó aviso á Tlaxcala, Cholula y los demas pueblos aliados, para que en término de diez días pusieran á su disposición las mejores fuerzas con que contaran, pues habia llegado ya el tiempo de establecer el sitio de la capital del imperio azteca y vengar tantos ultrajes que todos habian recibido de sus monarcas. Las tropas de Huexotzinco, Cholula y otros pueblos, debían unirse con los chalqueses en su ciudad, y allí esperar las órdenes del general: y los tlaxcaltecas, tenían que unir-

(2) Her. dec. 3.ª lib. 1.º cap. 6.—3. Terc. cart. de Cortés pag. 234. Bernal Diaz cap. 147.

sele en Tezcoco. Estos, acaudillados por Xicotencatl el jóven y contando entre sus gefes al bravo Chichimecatl y á Pilteuctli primo del general indio, hicieron su solemne entrada á la capital del antiguo reino de Acolhuacan, marchando al son de sus ásperos instrumentos militares y bajo el estandarte nacional que era una águila con las alas estendidas y el escudo de la garza blanca, distintivo de la casa de Xicotencatl. Aquellos numerosos batallones, que los formaban cincuenta mil hombres [4] algo habian aprendido la disciplina europea y con el aire resuelto de un antiguo veterano, que les inspiraba su ansia por saciar su odio implacable contra los aztecas, desfilaron á la presencia del general español, haciendo resonar las murallas de la corte tezcucana, con su grito de alianza, Castilla y Tlaxcala.

La flota que bogaba en las aguas de los lagos, debia estar á las inmediatas órdenes del general, pues de su cooperacion esperaba principalmente el buen éxito de su empresa; y la fuerza que debia obrar por tierra, la dividió en tres cuerpos, confiados á Pedro de Alvarado; Cristobal de Olid y Gonzalo de Sandoval: el primer cuerpo se componia de ciento sesenta y ocho infantes españoles, treinta caballos y veinticinco mil tlaxcaltecas con dos cañones, destinado para ocupar á Tlacopan: el segundo se componia de la misma fuerza y su gefe Olid, nombrado cuartel maestro del ejército, recibió orden de acampar en Coyoacan; y el tercero, que lo formaban ciento sesenta y tres infantes, veinticuatro caballos, los aliados de Huejotzinco, Cholula, y Chalco que pasaban de treinta mil hombres con dos cañones, fué destinado á las órdenes de Sandoval, para llevar á efecto la destruccion de Iztapalapan, así por la prevencion anticipada

(4) Terc. cart. de Cortés pag. 236. Her. dec. 3.ª lib. 1.º cap. 13.

que contra ella tenia el general, como por no dejar á retaguardia una ciudad que por sus grandes recursos y su marcado espíritu de hostilidades, pudiera traerles funestas consecuencias. [5]

Comunicadas á los capitanes estas órdenes y las convenientes instrucciones á los gefes de los tres cuerpos, reunió todo el ejército y despues de repetir la publicacion de las ordenanzas de Tlaxcala, alentó el valor de sus tropas con una de aquellas marciales proclamas con que el general sabia muy bien mover los mas delicados resortes del corazón de sus subordinados. Mil entusiasmas aclamaciones de todos los soldados, respondieron al discurso del general: y ansiando todos por concluir aquella empresa de donde se prometian tan grandes ventajas, pedian ser pronto conducidos al combate, en el que ofrecian el mas exacto cumplimiento de sus respectivos deberes y la obediencia á sus gefes.

Despues de todos estos preparativos, Sandoval marchó á su destino el diez de Mayo, y Alvarado y Olid salieron juntos para ocupar los puntos que respectivamente se les designaban. El primer dia de marcha, tuvieron una disputa entre un español y Pilteuctli primo del general tlaxcalteca Xicotencatl el jóven, por la cual llegaron á las armas y fué herido el segundo, acontecimiento que desagradó tanto á Xicotencatl, quien nunca habia tenido gran voluntad á los españoles, que separándose con parte de sus compañeros, marchó á Tlaxcala. Luego que se dió parte al general de un hecho que podia ocasionar fatales resultados en tan solemnes momentos, mandó una fuerza para que prendiera al gefe indígena desertor y lo condujera á su presencia. Esta orden fué cumplida, y cuando lo tuvo en su poder se le mandó aplicar la pena que las leyes militares seña-

(5) Cortés lug. cit.

lan á los desertores en campaña; y en nombre del senado de Tlaxcala, fué ahorcado en la plaza de Tezcoco el valeroso Xicotencatl, y sus bienes se mandaron confiscar para la corona de Castilla. De esta manera concluyó su carrera aquel intrépido jóven, una de las mas prominentes figuras del pueblo antiguo: fué el primero que con un valor heróico y admirable tenacidad, se atrevió á medir sus armas con los disciplinados estrangeros, sin que se separara del campo de batalla, sino cuando lo obligaran á ello las repetidas órdenes de los gefes de su república: al estar ya los españoles en Tlaxcala y que el senado de esta ciudad fué invitado por los aztecas, para echar un velo sobre sus antiguos resentimientos y hacer causa comun para defenderse del amago del estrangero, mas previsor que los ancianos de su nacion, queria mejor admitir la alianza con los mexicanos que seguir unidos á los peligrosos europeos; y por último sintiéndose altamente ofendida su dignidad nacional, con la injuria hecha á su primo Piteuctli, abandonó á los hombres que repugnaba su corazon. Pero el amor á su patria manifestado en estas diferentes ocasiones, fué considerado por el conquistador, como un imperdonable crimen, que lo hizo espíarlo en una hórca levantada en la plaza de Tezcoco. Los tlaxcaltecas lloraron amargamente el suplicio de su esforzado caudillo; pero no pudiendo sacudir la abyeeta condicion á que se habian reducido para con los españoles, se conformaron con derramar sus lágrimas sobre el cadáver de su gefe, y repartirse sus vestidos como inestimables reliquias. Los autores españoles hayan muchas y muy poderosas razones para justificar la terrible sentencia contra el infortunado Xicotencatl; pero ningun mexicano debe dejar de rendirle un tributo de respeto y admiracion, como al primero de Los Mártires de la Independencia.

Alvarado y Cristóval de Olid, marcharon de Tezcoco

por Acolman y demas ciudades, que estaban en torno de los lagos, las cuales hallaron abandonadas, porque muchos de sus habitantes se habian reconcentrado en la capital para reforzar su guarnicion, y otros fueron á buscar refugio á las cimas de los montes: de manera, que sin resistencia llegaron á Tlacopan y volvieron á posesionarse de los desiertos cuarteles que ya en otra vez habian ocupado. Su primer procedimiento debia ser segun las órdenes del general, destruir el acueducto de Chapoltepec: esta obra, producto del génio del gran Nezahualcoyotl, era una de las obras mas preciosas de la arquitectura mexicana y así por esto, como porque de allí recibian agua las muchas fuentes que embellecian las plazas y jardines de la capital, los aztecas pusieron mucho cuidado en su defensa, situando hácia él un considerable cuerpo de ejército, con el cual hubo que empeñar un fuerte combate, antes que poder ejecutar su destruccion. Al dia siguiente quisieron los sitiadores apoderarse de un puente de la fatal calzada de Tlacopan, con cuyo objeto avanzaron por ella; pero los muchos atrincheramientos que los indios habian levantado en ella y la multitud de guerreros que se presentaron á defenderlos, obligaron á las fuerzas aliadas á retirarse con gran pérdida sin haber conseguido su objeto. El mal resultado de esta operacion, disgustó á Olid, que culpó de ello á su compañero Alvarado, por lo cual se separó de él para ocupar su campamento de Coyoacan, al que llegó el 29 de Mayo, en cuyo dia da principio aquel memorable sitio, que hundió en el abismo de la nada, la famosa monarquía de Tenoxtitlan. [6]

Mientras esto pasaba entre Olid y Alvarado, Sandoval tomando por asalto la ciudad de Ixtapalapan, esparcía la muerte en sus habitantes y aplicaba fuego á sus

[6] Ter. cart. de Cortés pag. 937. Bernal Diaz cap. 150.

magníficos edificios: y Cortés embarcándose en los bergantines, remó tambien hácia aquel punto llegando á un monte inmediato á esta ciudad, conocido despues con el nombre del «Peñon del Marques.» El general desembarcó con ciento cincuenta hombres, para combatir con los indios que defendian la altura del espresado monte, los cuales hicieron una tenaz resistencia; pero al fin fueron vencidos y todos pasados á cuchillo. Apenas concluyeron esta accion, cuando se dirigió hacia el mismo punto una muchedumbre de canoas, conduciendo bastantes soldados que iban en auxilio de sus compañeros del Peñon: y vistos luego por Cortés, se embarcó este con los soldados que lo acompañaran en aquel combate, trabando en seguida otro naval, que fué fatal para los mexicanos, pues muchas de sus canoas fueron echadas á pique por los bergantines y el resto amedrentados por el poder de sus contrarios, huyeron á refugiarse á la capital.

Olid, que presenciaba desde Coyoacan el combate de la flota, marchó por el camino de México, tomando algunos atrincheramientos: y Cortés se dirigió á un fuerte levantado en el camino de Ixtapalapan llamado por los naturales, Xoloc, en el cual fijó su residencia el general, pues era el sitio mas á propósito para estar á la vista del campo principal y hacer llegar á sus campamentos las órdenes convenientes. Para emplear los bergantines en hostilizar las embarcaciones de los enemigos é impedir que por agua le entregaran á la capital víveres y refuerzos de gente, llamó una parte de la fuerza de Sandoval, empleándola en conservar el baluarte de Xoloc. Por la noche y el dia siguiente, las fuerzas de los españoles sufrieron considerables ataques por los mexicanos, que al estrépito de las armas unian aquellos penetrantes gritos que tanto atemorizaban á los enemigos; pero en todos fueros rechazados con notables pérdidas y cono-

ciendo en todo su valor y el terrible efecto de las mortíferas armas de los sitiadores, se retiraron á buscar refugio en la ciudad.

Entonces Cortés libre de aquel peligro, hizo ensanchar uno de los fosos y haciendo pasar por allí los bergantines obligó á las canoas de los indios que mas lo molestaban por la parte occidental del camino, á replegarse tambien á la ciudad, hasta donde fueron perseguidos por las embarcaciones de Cortés, que lograron incendiar algunas casas de los arrabales. Entretanto Sandoval habia concluido la expedicion de Ixtapalapa, entregando la ciudad á la voracidad de las llamas y á su vuelta derrotó tambien los ejércitos de Mexicalcingo, cuya ciudad mandó tambien quemar. Dejando su fuerza en Coyoacan, avanzó hasta el campo de Cortés, acompañado solo de algunos ginetes: en los momentos de su llegada, estaba empeñado un terrible ataque con los mexicanos; y á pesar de las fatigas á que en su marcha habia estado sujeto, tomó parte en aquella accion, con su misma acostumbrada intrepidez. En esta refriega recibió una herida de saeta que le atravesó el muslo; mas no por esto dejó de tomar su parte tan interesante en el asedio, yendo con su fuerza á cubrir la calzada del Tepeyacac ó Tepeyac, único punto que aun quedaba descubierto y que cerrando entonces la comunicacion que por él podia tener la capital con el resto del pais, vino á formalizar enteramente el sitio, que ahogó para siempre la existencia de aquellas monarquías. [7]

(7) Téi. cart. de Cortés pag. 247. Bernal Diaz cap. 150. Herrera dec. 3 lib. 1 cap. 17.